

PROMESA Y DILEMA DE LOS ESTUDIOS SUBALTERNOS: PERSPECTIVAS A PARTIR DE LA HISTORIA LATINOAMERICANA

FLORENCIA E. MALLON*

ESTOS SON TIEMPOS difíciles para los estudiosos de Latinoamérica. En los últimos cinco años, aproximadamente, se han deshecho muchas de nuestras más importantes e inspiradas narrativas históricas. La Revolución Cubana está sufriendo una muerte lenta después del colapso de la Unión Soviética, arrastrada hacia el abismo del capitalismo global, sufriendo la erosión interna de los logros sociales y un liderazgo que envejeció en el ejercicio del poder centralizado. Los sandinistas perdieron el control del Estado en 1990 y enfrentan el futuro internamente divididos, necesitando hacer amplias coaliciones si han de reconquistar un lugar en la rama ejecutiva. (¿Dónde está su asombrosa mayoría política de 1979-1981?) En Chile, los demócratas cristianos posteriores a Pinochet han aceptado la privatización radical de la dictadura y las reformas del mercado libre como "modernización", empañando la memoria de las aspiraciones chilenas de justicia social bajo Salvador Allende y del modelo estatista chileno de desarrollo económico que emergió del primer gobierno de "frente popular" a fines de la década del treinta. En el Perú, Sendero Luminoso ha confundido a aquellos de nosotros acostumbrados a apoyar las luchas del pueblo, primero por matar a una gran cantidad de personas por quienes supuestamente estaba luchando, y luego porque su "líder máximo" llegó a un acuerdo con un presidente autoritario, orientado hacia el mercado libre, después de solo unas pocas semanas de cautiverio.

Podría seguirse indefinidamente, pero la pregunta principal, formulada con sencillez, es ¿qué ha de hacer un estudioso progresista? Si continuamos comprometiéndonos con un análisis emancipador, de abajo hacia arriba, y sin embargo

* Deseo agradecer a mis coparticipantes en el *Foro*, Frederick Cooper y Gyan Prakash, que compartieron bosquejos de sus ensayos y me ayudaron a perfeccionar el mío a través del diálogo con los suyos. Steve J. Stern leyó varias versiones de este ensayo y, como de costumbre, me brindó una crítica aguda así como su apoyo.

Traducción: Carlota Romero. Técnica CONICET, Museo Etnográfico (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires).

ya no podemos servirnos simplemente de uno de nuestros diversos modelos interpretativos marxistas, ¿cuáles son las alternativas? ¿Hay algún otro modelo que nos pueda ser útil o tenemos que abandonar la empresa por completo?

En este contexto, a algunos de nosotros nos ha brindado inspiración el Grupo de Estudios Subalternos, organizado alrededor de su serie anual de ensayos completos, conferencias ocasionales y publicaciones monográficas adicionales acerca de la India y el colonialismo. Un puñado de estudiosos de Latinoamérica, provenientes de diversas disciplinas, está comenzando a salpicar sus citas con referencias a las series, y quizá más frecuentemente a algunas de sus figuras individuales más destacadas, como Ranajit Guha, Partha Chatterjee o Gayatri Chakravorty Spivak.¹ Los latinoamericanistas, a menudo eurocéntricos en nuestros préstamos de otras tradiciones históricas o teóricas, en este caso hemos adoptado como modelo una escuela nacida y desarrollada en otra parte del así llamado Tercer Mundo. ¿Qué está pasando?²

¹ Como lo trataré más adelante en detalle, las posiciones teóricas de los diferentes autores asociados a los Estudios Subalternos, así como la utilización que se le está dando a su obra entre los latinoamericanistas, son conflictivas y contradictorias y han cambiado a través del tiempo. A pesar de que luego analizaré en forma más extensa a muchos de los estudiosos latinoamericanistas que citan a los Estudios Subalternos, los principales autores a los que me refiero aquí son los siguientes: Gilbert Joseph, "On the Trail of Latin American Bandits: A Reexamination of Peasant Resistance", *Latin American Research Review* (a continuación, LARR), 25(1990):7-53; Patricia Seed, "Colonial and Postcolonial Discourse", LARR, 26(1991):181-200; Latin American Subaltern Studies Group, "Founding Statement", *boundary 2*, 20 (otoño 1993), número especial acerca del debate posmoderno en Latinoamérica, 110-121; Florencia E. Mallon, "Dialogues among the Fragments: Retrospect and Prospect", en: Frederick Cooper, Allen F. Isaacman, Florencia E. Mallon, William Roseberry y Steve J. Stern, *Confronting Historical Paradigms: Peasants, Labor, and the Capitalist World System in Africa and Latin America* (Madison, Wis., 1993), 371-401; Mallon, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru* (Berkeley, Calif., 1994); Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent (eds.), *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico* (Durham, N.C., 1994); Fernando Coronil, "Listening to the Subaltern: The Poetics of Neocolonial States", *Poetics Today*, 15 (1994); Julie Skurski y Fernando Coronil, "Country and City in a Postcolonial Landscape: Double Discourse and the Geopolitics of Truth in Latin America", en: *Views beyond the Border Country: Raymond Williams and Cultural Politics*, Dennis L. Dworkin y Leslie G. Roman (eds.) (Nueva York, 1993), 231-59; Skurski y Coronil, "Dismembering and Remembering the Nation: The Semantics of Political Violence in Venezuela", *Comparative Studies in Society and History*, 33(abril 1991):288-337; Joanne Rappaport, "Fictive Foundations: National Romances and Subaltern Ethnicity in Latin America", *History Workshop Journal*, 34 (otoño 1992):119-31.

² Esto no significa que el diálogo "Sur-Sur" no haya existido antes. Ejemplos de ello son el trabajo de James C. Scott sobre el sudeste asiático, en particular *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia* (New Haven, Conn., 1976) y *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance* (New Haven, 1985), y el conjunto de estudios campesinos del que formaba parte, el campo de estudios sobre la esclavitud y la diáspora africana, que ha conectado las historias y culturas de Afroamérica con las culturas e historias africanas y en especial de África Occidental, y las diversas bibliografías que debaten conceptos tales como la dependencia, los sistemas mundiales y la articulación de los modos de producción. Otros ejemplos del diálogo "Sur-Sur" se discuten y modelan en *Confronting Historical Paradigms*. Pero el punto principal sigue siendo que la historia latinoamericana, como campo, ha tendido a conectarse más fácilmente con tradiciones históricas y teóricas basadas en Europa. En este sentido, por supuesto, es muy similar a otros campos históricos, incluyendo los basados en Europa o los Estados Unidos, que por cierto frecuentan mucho menos la divisoria "Sur-Norte" que los estudiosos que trabajan en áreas del así llamado Tercer Mundo.

Una explicación parcial podría encontrarse en la naturaleza de la crisis intelectual y política que enfrentamos en la actualidad. Son precisamente los modelos antes importados de Europa —los marxismos, una fe en el progreso y la modernidad, un compromiso con la revolución como una transformación progresista, lineal, desarrollista— los que ahora se cuestionan. Muchos de nosotros hemos estado por ello poco dispuestos a recoger simplemente el más reciente remedio eurocéntrico a males eurocéntricos anteriores y hemos vacilado antes de adoptar las tendencias propuestas por el posmodernismo o el postestructuralismo. Algunos intelectuales latinoamericanos, por ejemplo, han cuestionado la aplicabilidad del posmodernismo a una región del mundo que aún no es moderna, al menos en el sentido europeo o estadounidense del término. Otros han dudado de que el posmodernismo fuera capaz de facilitar un compromiso político. Y al leer la obra de los que han adoptado la tendencia posmoderna, algunos de nosotros nos hemos sorprendido por los argumentos ahistóricos de que este enfoque ha creado un “nuevo sentido de la modernidad como paradójica y contradictoria” o que “están emergiendo nuevas relaciones ‘horizontales’ entre intelectuales y movimientos sociales, tanto nuevos como tradicionales, con la redefinición de la acción política sugerida por perspectivas posmodernistas”.³

Entonces, ¿no nos ofrecen acaso los Estudios Subalternos la transacción perfecta? Formulados por un grupo de intelectuales del “Tercer Mundo”, anticolonialistas y políticamente radicales, pero al tanto de lo más reciente acerca de análisis de textos y métodos posmodernos: ¿a qué más podría aspirar un estudioso progresista, precavido? Este es el contexto en el que reflexiono acerca de la oportunidad de los Estudios Subalternos para el caso de Latinoamérica.

Para comenzar, examino algunos antecedentes y análisis acerca del Grupo de Estudios Subalternos como totalidad, situando su proyecto y sus tensiones y con-

³ Las diversas fuentes que aluden a la indecisión de usar el postestructuralismo y el posmodernismo en Latinoamérica son resumidas por John Beverley y José Oviedo en su “Introduction”, *boundary 2*, número especial acerca del debate del posmodernismo en Latinoamérica, 1-17, citas en 7 y 7-8, respectivamente. Respecto de la segunda cita, es interesante señalar que, directamente a continuación, Beverley y Oviedo señalan que Xavier Albó, colaborador de la publicación, modela estas “nuevas” relaciones en su obra con el pueblo aymara, lo que, entre otras cosas, implica “escribir guiones de melodramas de radioteatro en aymara para ellos” (énfasis agregado). Véase también, en el mismo número, Martin Hopenhayn, “Postmodernism and Neoliberalism in Latin America”, 93-109; Anibal Quijano, “Modernity, Identity, and Utopia in Latin America”, 140-55; Hernán Vidal, “Postmodernism, Postleftism, Neo-Avant-Gardism: The Case of Chile’s *Revista de Crítica Cultural*”, 203-227. Reflexiones precisas acerca de las limitaciones de las perspectivas “pos”, ya sea posmodernismo o poscolonialismo, pueden encontrarse en Mallon, “Dialogues among the Fragments”; Kwame Anthony Appiah, “Is the Post- in Poststructuralism the Post- in Post-Colonial? *Critical Inquiry*, 17 (invierno 1991):336-57; Fernando Coronil, “Can Postcoloniality Be Decolonized? Imperial Banality and Postcolonial Power”, *Public Culture: Bulletin of the Project for Transnational Cultural Studies*, 5 (otoño 1992):89-108; Jorge Klor de Alva, “Colonialism and Post Colonialism as (Latin) American Mirages”, *Colonial Latin American Review*, 1 (1992):3-23. Para una discusión ulterior de lo poscolonial aplicado a Latinoamérica, véase más adelante este ensayo.

tradiciones internas en la tradición gramsciana que el grupo reclamó para sí en sus comienzos. A continuación analizo cómo los enfoques del grupo han sido recibidos y elaborados hasta ahora en la bibliografía latinoamericana, brindando asimismo el contexto histórico, político e historiográfico que podría ayudarnos a extender y enriquecer la aplicación futura de estos métodos al caso latinoamericano. Por último, utilizo mis reflexiones sobre Latinoamérica para repensar los conflictos internos de los Estudios Subalternos como tales, proponiendo algunas sugerencias para un trabajo y diálogo futuros que podrían contribuir a extender la aplicabilidad del proyecto más allá de su alcance actual.

Estas tres metas, tomadas conjuntamente, constituyen la esencia de un diálogo no jerárquico, transregional, en el que ninguno de los dos casos se adopta como un paradigma frente al cual el otro se declara inadecuado. Tal enfoque es una medida correctiva positiva frente a muchas instancias en las que las teorías europeas se comparaban con argumentos del Tercer Mundo y estos últimos resultaban deficientes. El proyecto subalterno mismo ha estado involucrado, hasta cierto punto, dentro de este tipo de diálogo, en especial en sus intentos de extender y repensar, desde la perspectiva del mundo colonial y poscolonial, los mensajes de Antonio Gramsci, Jacques Derrida y Michel Foucault. En Latinoamérica, asimismo, los estudiosos han participado de formas más efectivas de diálogo mutuo, en particular sobre temas como la dependencia económica, la teología de la liberación y los movimientos indígenas. Pero hace falta repetir que el diálogo no jerárquico y transregional, no es la aplicación de un concepto, tomado como un todo, sin contextualización, a otro campo. Ni puede formularse suponiendo que una de las partes del intercambio tiene poco que aprender de la otra. Abrigo la esperanza de que en este tipo de diálogos e intercambios, quizá no en forma accidental entre las regiones del así llamado Tercer Mundo, podamos encontrar las semillas de un método de comparación postorientalista.⁴

En el prefacio del primer volumen de Estudios Subalternos, fechado en Canberra en agosto de 1981, Ranajit Guha definió al subalterno, a grandes rasgos, como cualquiera que esté subordinado “en términos de clase, casta, edad, género y oficio o de cualquier otro modo”. Declaró que todos los aspectos de la vida subalterna —históricos, sociales, culturales, políticos o económicos— eran pertinentes para el esfuerzo del Grupo de Estudios Subalternos de recuperar las contribuciones subalternas para la historia de la India. Enunció luego que, ya que la subordinación es una relación recíproca que comprende tanto a los dominados como a los dominadores, los grupos de la élite también recibirían consideración

⁴ Para una discusión de la historia postorientalista, véase Gyan Prakash, “Writing Post-Orientalist Histories of the Third World: Perspectives from Indian Historiography”, *Comparative Studies in Society and History*, 32(1990):383-408; Rosalind O’ Hanlon y David Washbrook, “After Orientalism: Culture, Criticism, and Politics in the Third World”, *CSSH*, 34(1992):141-67; Prakash, “Can the ‘Subaltern’ Ride? A Reply to O’ Hanlon and Washbrook”, *CSSH*, 34(1992):168-84. Aquí la inspiración original le corresponde a Edward Said, *Orientalism* (Nueva York, 1978).

en la obra de los investigadores de los Estudios Subalternos. En un texto disimulado entre los diversos propósitos que han constituido el proyecto del grupo como totalidad, asentó firmemente su genealogía gramsciana: "Será por supuesto inútil abrigar esperanzas de que el alcance de las contribuciones a esta serie pueda equipararse aunque sea remotamente al proyecto de seis puntos concebido por Antonio Gramsci en sus 'Notas acerca de la historia italiana'."⁵

Me parece que vale la pena reflexionar brevemente acerca de la elección de Guha al citar las "Notas acerca de la historia italiana". El proyecto de seis puntos de Gramsci para el estudio de los subalternos era por cierto ambicioso. Dedicó un solo punto a investigar "la formación objetiva de los grupos sociales subalternos" en las transacciones económicas de una sociedad en particular y "sus orígenes en grupos sociales preexistentes, cuya mentalidad, ideología y objetivos conservan durante cierto tiempo". Los cinco puntos restantes se refieren a la formación política de las fuerzas sociales, tanto dominantes como subalternas, a las que vio como interdependientes. Gramsci afirmó que los grupos subalternos intentan influir en las "formaciones políticas dominantes" desde el comienzo y que este compromiso crítico era crucial para la transformación tanto de las organizaciones políticas dominantes como de las subalternas. En respuesta a las presiones desde abajo, los grupos dominantes intentan obtener la cooperación de los subalternos a través de la formación de nuevos partidos políticos reformistas. Al mismo tiempo, cuando los subalternos luchan políticamente para crear sus propias organizaciones cada vez más autónomas, lo hacen en diálogo con las formas políticas dominantes y en lucha contra ellas.⁶ Este era precisamente el propósito de la revisión de la historia de la India que se proponía el Grupo de Estudios Subalternos: demostrar cómo, en las transformaciones políticas que ocurrieron en la sociedad india colonial y poscolonial, los subalternos no solo desarrollaron sus propias estrategias de resistencia sino que de hecho contribuyeron a definir y refinar las opciones de la élite.

Pero hubo más en la elección de Guha. 'Notas acerca de la historia italiana' es uno de los escritos más detallados e históricamente dinámicos de Gramsci, en el que examinó por qué Italia no se convirtió en una poderosa nación-Estado en el siglo XIX, cuestión vinculada a su vez con el surgimiento del fascismo en el siglo XX. La presencia constante en su análisis, respecto de la cual definió la "revolución pasiva" italiana que llevó a la formación del Estado sin una creación efectiva de la nación, es la Revolución Francesa de 1789, y el partido jacobino como el mediador político que encauzó la energía popular hacia una alianza con la burguesía. Italia, como "no Francia", no tiene una revolución burguesa activa,

⁵ Ranajit Guha, "Preface". *Subaltern Studies I*, tal como está reimpresso en *Selected Subaltern Studies*. Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (eds.) (Nueva York, 1988), 35-36, citas en 35.

⁶ Antonio Gramsci, "Notes on Italian History", en: *Selections from the Prison Notebooks*. Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith, ed. y trad. (Nueva York, 1971), 44-120. El proyecto de investigación de seis puntos aparece en 52.

transformadora; así emerge como una nación débil, en la que los grupos sociales dominantes “tienen la función de ‘dominación’ sin la de ‘liderazgo’: dictadura sin hegemonía”.⁷ Esta es también la problemática central que Guha define en el primer volumen de los Estudios Subalternos:

Es el estudio de este fracaso histórico de la nación de hacer valer sus derechos, un fracaso debido a la inadecuación de la burguesía así como de la clase obrera para conducirla a una victoria decisiva sobre el colonialismo y una revolución democrático-burguesa, ya bien del tipo clásico del siglo XIX, bajo la hegemonía de la burguesía, o de un tipo más moderno bajo la hegemonía de obreros y campesinos, es decir, una ‘nueva democracia’ —es el estudio de este fracaso lo que constituye la problemática central de la historiografía de la India colonial—. ⁸

El notable paralelismo entre la India e Italia, ambas “no Francias”, se ve restringido por la existencia del colonialismo. El “fracaso histórico de la nación de hacer valer sus derechos”, “la inadecuación de la burguesía así como de la clase obrera”: estas, según Guha, constituyen “la problemática central de la historiografía de la India colonial”. No simplemente la India precapitalista o subdesarrollada, sino la India colonial. Esto otorgó un giro particular al concepto de lo subalterno y al papel de los campesinos en la política subalterna. En el caso de una “no Francia” europea, Gramsci había imaginado la necesidad de una amplia alianza de clases que, al unir a obreros y campesinos, radicalizaría a ambos grupos, convirtiéndolos junto con sus intelectuales orgánicos en líderes de una revolución social. Pero en el caso de una “no Francia” colonial los obstáculos para superar eran todavía mayores. Una clase obrera más escasa estaba aún más aislada de un campesinado más numeroso, y las cuestiones de la justicia social se encontraban entrelazadas en forma inextricable con problemas de autodeterminación nacional. Ya que las élites nacionalistas se habían beneficiado a menudo con las medidas sociales reproducidas bajo el colonialismo, los movimientos y las visiones políticas subalternas tenían que alcanzar una presencia aún mayor y más militante dentro de las coaliciones nacionalistas si la nación habría de hacer valer alguna vez sus derechos. Dadas las dimensiones menores del proletariado, los campesinos y las comunidades rurales tenían que tomar el mando para forjar una nación-Estado india.⁹

⁷ Gramsci. “Notes on Italian History”, especialmente 55-106; cita en 106. Agradezco las discusiones con William Roseberry sobre el tema de Gramsci y “Notes on Italian History”, así como sobre la hegemonía en sentido más amplio, que resultaron de utilidad para enfocar e inspirar mi análisis. Para un resumen de la perspectiva de Roseberry, véase William Roseberry, “Hegemony and the Language of Contention”, en Joseph y Nugent, *Everyday Forms of State Formation*, 355-366.

⁸ Ranajit Guha, “On Some Aspects of the Historiography of Colonial India”, en: *Subaltern Studies I*, reimpreso en *Selected Subaltern Studies*, 37-44; cita en 43, énfasis en el original.

⁹ Acerca de las maneras en las que el caso indio contribuyó a modificar y expandir comprensiones gramscianas de subalternidad y política campesina, véase especialmente David Arnold, “Gramsci and Peasant Subalternity in India”, *Journal of Peasant Studies*, 11 (julio 1984): 155-77.

Por ello, lo mismo que en la obra de Gramsci, el compromiso del Grupo de Estudios Subalternos con la recuperación de la política, la cultura y las tradiciones de resistencia subalternas no es meramente empírico sino también político. Gramsci tenía la esperanza de descubrir, a través de una comprensión de las prácticas e historias subalternas, un potencial para construir el partido jacobino de la izquierda: el partido hegemónico que de verdad condujera, más que simplemente dominara, encauzando, comprendiendo e incorporando energías y creencias populares. El Grupo de Estudios Subalternos también deja abierta la posibilidad de la reconstrucción futura de un orden político poscolonial emancipador y hegemónico: si se comprenden mejor las tradiciones y prácticas subalternas, pueden servir todavía de base para construir comunidades políticas alternativas que liberarán de verdad “al pueblo”.

De hecho, como Guha mismo expuso en “The Prose of Counter-Insurgency”, el Grupo de Estudios Subalternos se unió al principio y en primer lugar en su crítica a los enfoques neocolonialistas, nacionalistas y marxistas tradicionales del estudio “del pueblo”. Lo que unificaba dichas historiografías, según Guha, era su incapacidad de ver y escuchar a los insurgentes subalternos tal como eran realmente. “Encogidos por el fulgor de una conciencia perfecta e inmaculada”, concluyó Guha, a los historiadores de todas las persuusiones políticas aún les faltaba investigar la política subalterna en toda su complejidad contradictoria.¹⁰ Debido a que todas las escuelas de la historiografía india fueron cómplices en su fracaso de investigar las tradiciones potenciales de oposición en la política popular india, la posibilidad de construir un partido jacobino gramsciano de la izquierda en la India fue prácticamente inexistente. En efecto, según C. A. Bayly, durante la década que precedió a la fundación de los Estudios Subalternos,

en medio de las señales de aburguesamiento, los intelectuales indios encontraron consuelo en la violencia maoísta de los naxalitas. Más avanzada la década del setenta, muchos de los que no estaban en la izquierda prochina husmearon peligro en la ideología hegemónica del Congreso Nacional Indio, que hizo de la “unidad nacional” un ideal que podría mantenerlo permanentemente en el poder (debemos recordar que el grupo subalterno se formó no mucho después de la emergencia de I. Gandhi). Hubo preocupación de que, en el discurso oficial, los movimientos de resistencia tribal, la protesta de los campesinos pobres y los levantamientos de la clase obrera pudieran incluirse dentro de la categoría general de disturbios arcaicos, comunalismo o “naxalismo”. La facilidad con la cual muchos elementos de la antigua izquierda, particularmente en Bengala, transigieron con las pretensiones autoritarias del Congreso, y la manera en la cual sus teóricos marxistas-lenin-

¹⁰ Ranajit Guha, “The Prose of Counter-Insurgency”, en: *Subaltern Studies II*, reimpresso en *Selected Subaltern Studies*. 45-86; cita en 84.

nistas ortodoxos lograron acomodar esto a teorías economistas desarrollistas de lucha de clases causó alarma.¹¹

Más allá de denunciar toda esta complicidad con narrativas nacionalistas oficiales, el Grupo de Estudios Subalternos presentó también una crítica gramsciana a los activistas e intelectuales marxistas ortodoxos que seguían creyendo que la política era la traslación directa de la clase social —definida como posición en los medios de producción o en relación con ellos— a los escenarios de la acción y conciencia políticas. La necesidad de semejante crítica quedó demostrada por algunas de las respuestas que aparecieron en revistas académicas indias. “Hay una fuerte propensión antimarxista en algunos de los ensayos recogidos en los dos volúmenes”, escribió Girish Mishra en 1983. Después de citar extensamente a Lenin a lo largo de más de dos de las cinco páginas de su reseña, Mishra sugirió que los autores del Grupo de Estudios Subalternos idealizaban la espontaneidad de la movilización popular, cuando de hecho era erróneo “afirmar que los obreros o campesinos comienzan a tener una clara comprensión de la política después de uno o dos episodios de agitación. Necesitan ser organizados y entrenados”. En lugar de ello, Mishra propuso: “será mejor y más fecundo si quienes investigan los movimientos populares se concentran más en sus debilidades internas y limitaciones de perspectivas antes de encontrar un chivo emisario bajo la forma de algún líder del Congreso Nacional Indio que los traiciona”. Esto era cierto, según Mishra, porque las acusaciones “trilladas” de traición no resistían un cuidadoso análisis de clase social. Si el Congreso Nacional Indio era el partido de la burguesía y de la pequeña burguesía, estaba interesado en aumentar la producción agrícola. Por necesidad, entonces, el Congreso Nacional Indio se aliaría con todas las fuerzas antifeudales y no era posible que traicionara a los campesinos.¹²

A la luz de este análisis deductivo de la política, se imponía más la necesidad de un enfoque de Estudios Subalternos. Una alternativa hegemónica para el futuro tenía que construirse con lo que ya existía. Los activistas e intelectuales interesados en construir una alternativa necesitaban *saber*, a través de la investigación, con qué tradiciones contaban. No podían deducirlas simplemente mediante la aplicación de categorías marxistas. “Todo indicio de iniciativa independiente de parte de los grupos subalternos debería por lo tanto ser de un valor incalculable para el historiador integral”, escribió Gramsci. “En consecuencia, este tipo de

¹¹ C. A. Bayly. “Rallying around the Subaltern”. *Journal of Peasant Studies*, 16 (octubre de 1988):110-120; cita en 112-113.

¹² Girish Mishra, “Elite-People Dichotomy: An Exaggerated View”, *Indian Historical Review*, 10 (julio 1983-enero 1984): 133-38; citas en 133 y 135. Para otras críticas que empezaron a partir del marxismo, véase Javeed Alam. “Peasantry, Politics and Historiography: Critique of New Trend in Relation to Marxism”, *Social Scientist*, II (febrero 1983): 43-54; Sangeeta Singh, *et al.*, “Subaltern Studies II: A Review Article”. *Social Scientist*, 12 (octubre 1984): 3-11; Bayly. “Rallying around the Subaltern.”

historia solo puede realizarse en forma monográfica, y cada monografía requiere una inmensa cantidad de material que a menudo es difícil reunir".¹³

Aquí reside la tensión más irresoluble y también la más fecunda del proyecto de Estudios Subalternos. La recuperación de prácticas, creencias y acciones subalternas volvía necesario el uso de nuevos documentos, pero sobre todo de nuevos métodos para interpretar los documentos antiguos. Esta tarea laboriosa y metodológicamente compleja llevó a muchos miembros del grupo más y más hacia la semiótica, la crítica literaria y muchas formas de análisis de textos. No obstante, al estimular la deconstrucción de los textos en términos de poder y jerarquía y al descentrar todos los temas que emergían en los documentos, estas técnicas han cuestionado en último término dos suposiciones centrales para el propósito político del grupo: que las prácticas subalternas tuvieran cierta autonomía respecto de la cultura de élites y que la política subalterna tuviera una unidad y solidaridad propias.¹⁴

En enero de 1986, cuando tuvo lugar en Calcuta la segunda conferencia de los Estudios Subalternos, esta tensión se hizo pública. Tal como lo resumió David Hardiman, colaborador él mismo del proyecto desde su iniciación, la escuela estaba "situada en algo así como una encrucijada [...] Un camino lleva hacia la mayor concentración en el análisis de textos y el énfasis acerca de la relatividad de todo conocimiento; otro, hacia el estudio de la conciencia y acción subalternas a fin de promover la lucha por una sociedad socialista". Tal como lo informó Hardiman, ambas posiciones fueron apoyadas por buenos argumentos. Los defensores del análisis de textos subrayaron el valor de la deconstrucción, de parte del grupo, de las teorías existentes, señalando el inevitable relativismo de semejante empresa; Guha mismo subrayó que la escuela había "nacido bajo el signo de la negación: 'negación' está inscrito en el estandarte subalterno". Los defensores de un propósito más explícitamente político, sin embargo, destacaron los aspectos constructivos más que deconstructivos del propósito original de la escuela, la necesidad de centrarse en la política y en las interacciones de las élites y los subalternos a través del tiempo. Si, en efecto, la Escuela Subalterna trataba de "convertir a las clases subalternas en sujetos de su propia historia" —sostuvieron algunos estudiosos— la deconstrucción necesariamente era una herramienta más que una meta. Guha también apoyó la necesidad de un propósito político en último término y sugirió que esta división podría ser una fuerza más que

¹³ Gramsci. "Notes on Italian History", 55.

¹⁴ La tensión de las influencias sobre el Grupo de Estudios Subalternos, que combinaba además de a Gramsci a Michel Foucault y a Roland Barthes, la antropología estructuralista, la crítica literaria estructuralista rusa y el marxismo althusseriano, fue señalada en fecha relativamente temprana por Gayatri Chakravorty Spivak en "Subaltern Studies: Deconstructing Historiography", *Subaltern Studies IV* (Delhi, 1985), versión revisada impresa en *Selected Subaltern Studies*, 3-32. Otra importante discusión acerca de cuestiones del tema unitario de los Estudios Subalternos apareció en Rosalind O' Hanlon, "Recovering the Subject: Subaltern Studies and Histories of Resistance in Colonial South Asia", *Modern Asian Studies*, 22(1988):189-224.

una debilidad. Hardiman, no obstante, concluyó su informe sugiriendo que esta división a la larga muy bien podría resultar difícil superar, en especial debido a que “el debate durante la conferencia sirvió más para revelar estas diferencias que para empeñarnos en su resolución”.¹⁵

¿Pueden resolverse estas diferencias? ¿Es la resolución en una u otra dirección la meta más deseable? Pienso que no. En un ensayo publicado en 1985, Gayatri Spivak reflexionó acerca de los aspectos productivos de estas contradicciones. Al insistir en que los subalternos poseían una acción humana positiva y podían ser sujetos históricos pensantes y autónomos, señaló la Escuela de Estudios Subalternos se estaba colocando a sí misma en una posición subalterna dentro de la historiografía. No obstante, el acto mismo de hacer esto —insistía Spivak—, podía “reinscribirse como una estrategia para nuestros tiempos”. Las identidades y la conciencia subalternas siempre estarán un poco fuera de nuestro alcance, resistiendo los intentos de encajarlas dentro de una narrativa lineal. Pero los historiadores tienen que persistir en sus esfuerzos por recuperar la subjetividad subalterna, aunque sepan que es una tarea en último término imposible. “Es una lección dura de aprender”, concluyó Spivak. “Pero no aprenderla es meramente afirmar que las soluciones elegantes son una práctica teórica correcta”. Al continuar explorando el potencial políticamente positivo, liberador, de las historias subalternas, al introducir la semiótica y las técnicas posmodernas con propósitos emancipadores, que nunca pueden satisfacer del todo, y al persistir en estos intentos, aparentemente imposibles, de lograr una combinación, el Grupo de Estudios Subalternos puede seguir brindando su más amplia y máxima contribución.¹⁶

Por cierto, los autores de este grupo no son los únicos involucrados en semejante proyecto. Y, como lo deja en claro el informe de Hardiman y gran parte de los trabajos en los siete volúmenes de Estudios Subalternos que he visto, no todos los autores asociados al grupo están de acuerdo acerca de lo que se ha logrado o de cuál podría ser la mejor estrategia para el futuro. Además, como lo evidencian los diferentes énfasis presentados aquí y en el ensayo de Gyan Prakash que también es parte de este *Foro AHR*, se puede interpretar que los mismos teóricos y las mismas contradicciones llevan a prescripciones muy diferentes para el futuro. Pero al haber desarrollado, durante más de una década, un compromiso con la combinación tentativa de método posmoderno y política radical, el Grupo de Estudios Subalternos ha suministrado a los estudiosos con preocupaciones similares, especialmente en otras partes del “Tercer Mundo”, un modelo importante para debatir. En estos términos de discusión y debate, los métodos subalternos han comenzado a ser invocados y debatidos en Latinoamérica.

¹⁵ David Hardiman. “Subaltern Studies” at Crossroads”, *Economic and Political Weekly* (febrero 15, 1986): 288-290; citas en 290.

¹⁶ Spivak. “Subaltern Studies: Deconstructing Historiography”. reimpresso en *Selected Subaltern Studies*; cita en 16. Para un punto similar, véase Prakash. “Can the ‘Subaltern’ Ride?”

Por lo que sé, la primera invocación pública importante del Grupo de Estudios Subalternos entre los latinoamericanistas ocurrió en las páginas del *Latin American Research Review* de 1990. En un influyente artículo de reseña sobre el bandidaje latinoamericano, Gilbert Joseph sugirió que el proyecto y los métodos que suministraba Ranajit Guha en los volúmenes I y II de los Estudios Subalternos podrían contribuir a ir más allá de un debate estéril acerca de si los bandidos estaban socialmente motivados o eran solo cómplices del orden existente. En un intento por desplazar el campo nuevamente hacia la acción subalterna, Joseph utilizó las intuiciones de Guha en "The Prose of Counter-Insurgency" —así como la obra de James Scott y otros acerca de "formas cotidianas de resistencia campesina"— para subrayar los problemas planteados por el hecho de depender de documentos suministrados por entidades estatales orientadas hacia el control social cuando se evalúan los motivos y el comportamiento de los bandidos y sus seguidores. Al proponer un enfoque más flexible y estratificado de la inquietud y protesta rurales, Joseph esperaba recuperar parcialmente así como reformular las intuiciones originales de E. J. Hobsbawm, tomando en cuenta las interacciones entre muchas formas de resistencia y restituyendo firmemente los estudios del bandoleraje al campo de los estudios agrarios. Sugería también que los historiadores tomaran más en serio las relaciones de poder que subyacían a todos los documentos en los que basaban sus alegatos.¹⁷

Joseph "tocó una cuerda sensible", especialmente en Richard Slatta, quien editó el volumen sobre bandidos latinoamericanos extensamente comentado en el ensayo de reseña original. Slatta apuntó una flecha particularmente aguda hacia todo lo que tuviera sabor a "foucaultismo u otros rasgos del postestructuralismo. Serias diferencias filosóficas dividen a los practicantes", escribió. "La cacofonía de los discursos en conflicto y de los proyectos que compiten entre sí es a menudo demasiado abstracta, enrarecida y sectaria para ayudar a los historiadores empíricos... Los filósofos todavía se están ocupando de lo que Foucault quiere decir con *dispositif* y otros conceptos. ¿Cómo pueden entonces los historiadores practicantes emplear sus ideas con confianza?" En la nota de pie de página a este enunciado, también se desembarazó sumariamente de Gramsci: "Los historiadores que adoptan la *hegemonía* de Gramsci enfrentan problemas similares. El término se ve afectado por una 'ambigüedad', que crea confusión de parte del maestro y sus discípulos".¹⁸

Así, el esfuerzo de Joseph por vincular cuestiones de análisis de textos, acción subalterna y avances recientes en historia agraria con la historia del bandidaje recibió una crítica de parte de un "historiador empírico" que consideró que todas las teorías asociadas a Foucault y a Gramsci eran demasiado desconcertantes y a

¹⁷ Joseph. "On the Trail of Latin American Bandits". 7-53.

¹⁸ Richard W. Slatta. "Bandits and Rural Social History: A Comment on Joseph". *LARR*, 26(1991):145-51; citas en 150 y 150. n. 19.

medio hacer. A fin de descartar las críticas metodológicas asociadas a una confianza excesiva en la tipología, un énfasis insuficiente en el análisis social y un uso poco crítico de los documentos oficiales, Slatta invocó los fantasmas gemelos del deterioro postestructuralista y gramsciano. Si bien la celebración de la tendencia lingüística nunca fue el propósito primordial de Joseph, es interesante señalar que su intento de utilizar los dobles propósitos de los Estudios Subalternos para superar un punto muerto en los estudios latinoamericanos de bandidos tuvo como respuesta un intento de unir ambos propósitos en un estado de confusión posmoderna.¹⁹

No mucho después del debate acerca del bandidaje, el Grupo de Estudios Subalternos fue invocado una vez más en las páginas del *Latin American Research Review*. En un ensayo de reseña sobre el discurso colonial y poscolonial, Patricia Seed afirmó que, en el campo histórico, “los miembros del movimiento de Estudios Subalternos han sido los conductores del movimiento del discurso poscolonial”. Si bien el artículo original de Joseph sobre el bandidaje había aparecido en la misma revista un año antes, Seed no demostró percatarse de ello ni de otras discusiones recientes sobre la política, la etnicidad y el Estado, que habían comenzado a aparecer en diversos subcampos de la historia latinoamericana. En obras que abarcaban el arco geográfico y temporal desde el período colonial temprano hasta el siglo XX, los historiadores habían comenzado a mostrar que todas las comunidades subalternas eran conflictivas y estaban internamente diferenciadas, y que los subalternos forjaban la unidad política o el consenso de maneras dolorosamente contingentes. Asimismo, algunos estudiosos habían dejado al descubierto las múltiples maneras en las cuales los pueblos oprimidos habían empleado las instituciones estatales y el derecho, demostrando que esta estrategia a la vez aumentaba el espacio de maniobra de la gente y volvía imposible un ataque frontal al equilibrio de poder existente. Los autores cuestionaban en forma activa las versiones más lineales o de arriba hacia abajo de transiciones importantes, tales como la conquista, la abolición de la esclavitud o la revolución sandinista, dedicándose al debate dinámico con otros historiadores acerca de la importancia de las luchas políticas subalternas en dichas transiciones. Solo pasando por alto esta bibliografía, Seed podía llegar a la conclusión de que “los historiadores han sido relativamente reacios a considerar cualquier forma de reflexividad o autocrítica reflexiva de sus prácticas”.²⁰

¹⁹ Joseph aclara su posición acerca de la tendencia lingüística y reenfatisa su deseo de reconectar los estudios de bandidos con la historia agraria en sentido más general, en “‘Resocializing’ Latin American Banditry: A Reply”. *LARR*, 26(1991):161-74.

²⁰ Patricia Seed. “Colonial and Postcolonial Discourse”. *LARR*, 26 (1991): 181-200; citas en 193, 200. Algunas de las nuevas reflexiones dentro de la historia latinoamericana son las siguientes. Sobre la construcción del Estado colonial: Karen Spalding, *Huarocharí: An Andean Society under Inca and Spanish Rule* (Stanford, Calif., 1984); y Steve J. Stern, *Peru’s Indian Peoples and the Challenge of Spanish Conquest: Huamanga to 1640*, 2a. ed. (Madison, Wis., 1993). Acerca de la naturaleza de la emancipación esclava y el

Seed compartía con Richard Slatta una impaciencia frente a lo que puede llamarse en términos aproximados estudios de la resistencia.

Las versiones de antropólogos e historiadores acerca de lo ocurrido eran por lo general relatos o bien de resistencia heroica en la cual los nativos defendían dramáticamente su tierra natal, o narraciones de acomodamiento manipulador en las cuales las metas coloniales se manipulaban para servir a los intereses de la comunidad nativa o alguna combinación de ambas líneas narrativas. A fines de la década del ochenta estos relatos de resistencia y acomodamiento se iban percibiendo cada vez más como versiones mecánicas, homogeneizadoras e inadecuadas de los choques entre los colonizadores y colonizados.

En contraste con Slatta, sin embargo, que advirtió respecto del deterioro (*slippage*) posmoderno, Seed vio la respuesta en el postestructuralismo. “A medida que las narrativas de la resistencia y el acomodamiento iban perdiendo credibilidad”, escribió, “un nuevo movimiento intelectual importante estaba emergiendo en asociación con los pensadores vagamente agrupados como postestructuralistas”. Pero ella también estuvo de acuerdo con Slatta cuando vinculó el postestructuralismo, las terminologías (“linguistic turn”) y los estudios de discurso poscolonial directamente con los Estudios Subalternos, entremezclando una vez más los métodos de análisis lingüístico y de textos de la Escuela con sus metas y propósitos más políticos, disimulando hábilmente su genealogía gramsciana.²¹

En cierto sentido, no podría haber actuado de otro modo. Discutir en forma abierta el proyecto gramsciano de los Estudios Subalternos la hubiera hecho volver sobre una parte de la bibliografía de los estudios de resistencia que Seed había descartado sumariamente. Esto habría requerido una lectura y un análisis más cuidadosos de la última generación de estudios históricos acerca de prácticas, cultura, política y resistencia subalternas en Latinoamérica.²² Habría tenido como

papel de americanos africanos en la formación de la cultura política: Walter Rodney, *A History of the Guayanesse Working People, 1881-1905* (Baltimore, Md., 1981); y Rebecca J. Scott, *Slave Emancipation in Cuba: The Transition to Free Labor, 1860-1899* (Princeton, N.J., 1985). Acerca de la naturaleza de la política nicaragüense y la revolución de 1979: Jeffrey L. Gould, *To Lead as Equals: Rural Protest and Political Consciousness in Chinandega, Nicaragua, 1912-1979* (Chapel Hill, N.C. 1990). Otros intentos de innovar en la comprensión de la política rural y subalterna incluyen: Catherine Legrand, *Frontier Expansion and Peasant Protest in Colombia, 1850-1936* (Albuquerque, N. Méx. 1986); Florencia E. Mallon, “Peasants and State Formation in Nineteenth-Century Mexico: Morelos, 1848-1858”, *Political Power and Social Theory*, 7(1988):1-54; y Steve J. Stern (ed.), *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World: 18th to 20th Centuries* (Madison, 1987).

²¹ Seed. “Colonial and Postcolonial Discourse”, esp. 182-83, 192-93; citas en 182.

²² Rolena Adorno señaló esta superficialidad para el caso de la bibliografía colonial andina en su respuesta a Seed. Véase Adorno. “Reconsidering Colonial Discourse for Sixteenth- and Seventeenth-Century Spanish America”, *LARR*, 28 (1993): 135-45. esp. 136-37. Argumentos similares podrían hacerse en los casos de los Andes. México, Brasil y Cuba de los siglos XIX y XX. Algunas referencias iniciales, sumadas a *Radical History Review*, 27, el número acerca del colonialismo y la resistencia (1983), puede encontrarse aquí, notas 20 y 26. Véase también más adelante respecto de un examen sistemático de algunas de las fuentes en esta bibliografía.

resultado que la panacea del aspecto lingüístico pareciera menos completa y por ello menos atractiva. Y habría llevado de regreso a la profunda tensión creativa presente de manera dominante en el Grupo de Estudios Subalternos mismo.

A mi entender, aquí nos topamos con el más grave problema relativo al tipo de préstamo conceptual y metodológico que trae consigo la aplicación de los Estudios Subalternos a otras partes del mundo. En el proceso del diálogo mismo, una o ambas partes pueden opacarse, simplificarse, tergiversarse. Si esto ocurre, los matices, las tensiones internas y las contradicciones —en síntesis, la sustancia misma de la que se compone la discusión académica útil— son echadas a un lado, en un intento de definir la manera correcta por excelencia. Habiéndose logrado esto, ya no resulta necesario comprender lo que ha venido antes, puesto que se ha vuelto completamente irrelevante.

Los latinoamericanistas que redescubrimos el marxismo y sus muchas variantes en la década del sesenta y del setenta también tendíamos a caer en esta trampa metodológica. Al desechar las tradiciones y obras más tempranas como irrelevantes y anticuadas, a menudo pasamos por alto importantes indicios referidos al poder explicativo de la etnicidad, la raza, la familia, la ecología y la demografía, porque la corrección teórica que acabábamos de descubrir nos decía que todo se reducía a la clase social y el modo de producción.²³ Además ¿qué mejor manera de evitar bibliografías enteras, a menudo prohibitivas por su volumen y abrumadoras en su detalle y complejidad, que incluirlas en categorías que ya no eran actuales desde un punto de vista teórico?

Sobre todo en el mundo académico actual, con su superproducción notoria, tales técnicas de eliminación son particularmente atractivas. Les permiten a estudiosos tales como Patricia Seed pretender que existe un único enfoque de un tema como la resistencia y el acomodamiento —en los campos africanos, asiáticos y latinoamericanos, para los períodos coloniales y poscoloniales—, y que tal enfoque condena a todo el proyecto y lo vuelve irrelevante. “Tales relatos de ‘adaptación y reacción’”, concluía Seed en su respuesta a una pregunta de Rolena Adorno,

que se basaban en ideas de identidad de oposición como algo intacto, auténtico y creado sin problemática alguna, coincidían satisfactoriamente con las narrativas que estaban produciendo los líderes de los estados poscoloniales emergentes, así como aquellos que se oponían a la dominación, sobre todo económica, y en ocasiones directamente política de los Estados Unidos en América Central y Sudamérica. Produciendo a menudo una narrativa política redentora basada en la liberación respecto de un opresor maligno, tales relatos encontraban lectores congeniales no solo en Latinoamérica sino a través de los mundos coloniales del pasado y del presente.

²³ Para críticas, véase Mallon, “Dialogues among the Fragments”; y William Roseberry, “Beyond the Agrarian Question in Latin America”, en *Confronting Historical Paradigms*, 318-368.

Para respaldar estas amplias generalizaciones, Seed solo citó la obra de James Scott sobre Indonesia y una única obra introductoria sobre cultura popular latinoamericana.²⁴

Uno se pregunta, por ejemplo, cómo resulta posible juntar cuestiones de dependencia económica con temas de redención nacionalista a través del Tercer Mundo. Es cierto que en el ámbito latinoamericano, donde la independencia política se conquistó mucho antes, las cuestiones de la dependencia económica eran centrales para los políticos recientemente desarrollistas que se interesaron en limitar la influencia económica de los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial. En África, en contraste —como lo aclara abundantemente Frederick Cooper en su ensayo en este *Foro*— la bibliografía sobre la dependencia fue utilizada para contrarrestar los nacionalismos celebratorios y cuestionar el valor de la liberación política redentora. Las interconexiones entre la liberación nacional y la autonomía o el desarrollo económico variaban además mucho de los estados socialistas a los no socialistas, no importa qué parte del Tercer Mundo habitaran.²⁵

Volviendo a Latinoamérica, la historiografía existente simplemente no encaja con la generalización de Seed. Como lo ha señalado Adorno para los Andes coloniales, los temas de complicidad, adaptación, colaboración y resistencia han sido sistemáticamente articulados de maneras complejas por parte de los historiadores desde principios de la década del ochenta. Incluso a comienzos de la década del setenta, con los artículos pioneros de Karen Spalding sobre los líderes étnicos andinos (*kurakas*), en los que se los presenta simultáneamente como protectores de sus comunidades y cómplices de la estructura de poder colonial, “la identidad de oposición” no podía verse ya como “algo intacto, auténtico y creado sin problemática alguna”. Las investigaciones sobre la historia agraria y las rebeliones rurales en México, no importa si para el período colonial, el siglo XIX o la Revolución Mexicana de 1910, también han enfocado cuestiones de mediación política y alianzas complejas, que complicaban las cuestiones de resistencia y complicidad, y lo han hecho desde comienzos de la década del ochenta. Finalmente, los historiadores de la esclavitud y la diáspora africanas han recogido indicaciones de antropólogos de mentalidad histórica, tales como Sidney Mintz o Richard Price, produciendo análisis multifacéticos de la gente esclavizada y de sus enfrentamientos con los dueños de las plantaciones y las estructuras

²⁴ Patricia Seed, “More Colonial and Postcolonial Discourses”, *LARR*, 26(1993); cita y nota de pie de página en 149. Este nivel de generalización amplia y superficialmente verificada no es sin embargo típica de toda la obra de Seed acerca del colonialismo. Véase “Taking Possession and Reading Texts: Establishing the Authority of Overseas Empires”, *William and Mary Quarterly*, 49(abril, 1992):183-209, donde hace un denso análisis comparativo entre los colonialismos tempranos españoles y británicos en América.

²⁵ Problemas similares ocurren con el uso demasiado superficial de términos tales como poscolonial sin un contexto apropiado o marco histórico. Para críticas al respecto, véase Coronil, “Can Postcoloniality Be Decolonized?”; y Klor de Alva, “Colonialism and Post Colonialism”.

estatales y frente a ellos. Estos estudios no eran "una narrativa políticamente redentora basada en la liberación respecto de un opresor maligno". En su lugar, muchos exploraron en forma minuciosa las contradicciones en las relaciones de poder y en las alianzas formadas entre los oprimidos, rastreando las estrategias diversas y en ocasiones internamente conflictivas que utilizaron los pueblos subalternos para enfrentarse a su situación.²⁶

Si bien un tratamiento en profundidad de toda la bibliografía disponible está más allá del alcance y enfoque de este ensayo, citaré una serie de confrontaciones locales con casos, personas y fuentes que incitaron a los historiadores de Latinoamérica, desde comienzos de la década del ochenta, a comenzar a abordar muchos de los mismos temas que llevaron en la India a la fundación de la Escuela de Estudios Subalternos. ¿Había una alternativa frente al método de deducir la conciencia subalterna de categorías teóricas? ¿Era posible forjar un proyecto intelectual políticamente comprometido que respetara las culturas y los debates políticos existentes entre los grupos subalternos? ¿Qué alternativas podrían reemplazar los paradigmas políticos y académicos existentes? Aparte de los autores y estudios que ya hemos tratado, Alberto Flores Galindo enfrentó el desafío de Sendero Luminoso en el Perú, argumentando a favor de la centralidad del pensa-

²⁶ Karen Spalding, "Kurakas and Commerce: A Chapter in the Evolution of Andean Society", *Hispanic American Historical Review*, 53(noviembre, 1973):581-599; Spalding, "Social Climbers: Changing Patterns of Mobility among the Indians of Colonial Peru", *Hispanic American Historical Review*, 50(noviembre, 1970):645-664. Acerca de los Andes, véase también, además de las fuentes enumeradas en la nota 19, Brooke Larson, *Colonialism and Agrarian Transformation in Bolivia: Cochabamba, 1550-1900* (Princeton, N. J., 1988); Florencia E. Mallon, *The Defense of Community in Peru's Central Highlands: Peasant Struggle and Capitalist Transition, 1860-1940* (Princeton, 1983); Stern, *Peru's Indian Peoples and the Challenge of Spanish Conquest*. Acerca de México, véase, por ejemplo, David A. Brading (ed.), *Caudillo and Peasant in the Mexican Revolution* (Cambridge, 1980); Marcello Carmagnani, "Local Governments and Ethnic Governments in Oaxaca", en Karen Spalding (ed.), *Essays in the Political, Economic, and Social History of Colonial Latin America* (Newark, Del., 1982), 107-124; Carmagnani, *El regreso de los dioses: El proceso de reconstitución de la identidad étnica en Oaxaca, siglos XVII y XVIII* (México, 1988); Nancy M. Farriss, *Maya Society under Colonial Rule: The Collective Enterprise of Survival* (Princeton, 1984); Antonio García de León, *Resistencia y utopía*, 2 vols. (México, 1985); Gilbert M. Joseph, *Revolution from Without: Yucatán, Mexico, and the United States, 1880-1924*, ed. rev. (Durham, N.C., 1988); Friedrich Katz (ed.), *Riot, Rebellion, and Revolution: Rural Social Conflict in Mexico* (Princeton, 1988); Mallon, "Peasants and State Formation"; Cheryl English Martin, "Haciendas and Villages in Late Colonial Morelos", *Hispanic American Historical Review*, 62(febrero, 1982):19-48; Ilene V. O' Malley, *The Myth of the Revolution: Hero Cults and the Institutionalization of the Mexican State, 1920-1940* (Westport, Conn., 1986).

Acerca de la esclavitud y estudios sobre la diáspora africana, véase C. L. R. James, *The Black Jacobins: Toussaint L' Ouverture and the San Domingo Revolution*, 2a ed. rev. (Nueva York, 1963); Verena Martínez-Alier, *Marriage, Class and Colour in Nineteenth-Century Cuba: A Study of Racial Attitudes and Sexual Values in a Slave Society*, 2a ed. (Nueva York, 1989); Sidney W. Mintz y Richard Price, *An Anthropological Approach to the Afro-American Past: A Caribbean Perspective* (Filadelfia, 1976); Richard Price, *First-time: The Historical Vision of an Afro-American People* (Baltimore, Md., 1983); Walter Rodney, *A History of the Guyanese Working People, 1881-1905* (Baltimore, 1981); Stanley J. Stein, *Vassouras: A Brazilian Coffee County, 1850-1900*, 2a ed. (Princeton, 1985).

miento utópico andino para todos los proyectos políticos emancipadores. En México, los estudiantes de política étnica y las comunidades indígenas relataron una historia muy diferente de la representada en las narrativas nacionales o regionales de la política revolucionaria y posrevolucionaria. En la Argentina, Daniel James investigó el peronismo desde abajo y a partir de los gremios, y descubrió un fenómeno muy diferente de las historias de Juan Perón en el nivel nacional, no importa si laudatorias o no. En estos casos, así como en otros, los analistas buscaron nuevas maneras de explicar la naturaleza estratificada y contradictoria de la política, culturas y luchas subalternas. No importa si habían descubierto o no la tendencia posmoderna; un enfrentamiento con su obra y sus contradicciones debe ser una parte crucial en nuestro intento de hacer avanzar la historia latinoamericana de manera autorreflexiva.²⁷

Poco después de concluir el debate del discurso colonial y poscolonial, apareció la declaración con los fundamentos del Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericanos en el número especial de *boundary 2*, dedicado al posmodernismo en Latinoamérica. Compuesto de quince miembros —un historiador, dos antropólogos y el resto, críticos literarios—, el grupo comenzó citando, con tono de aprobación posmoderna, las piezas fundacionales familiares de Guha en los volúmenes I y II de los Estudios Subalternos. Los complejos argumentos originales de Guha, que involucraban llamados metodológicos y políticos a la acción, fueron resumidos por el grupo como un proyecto para interpretar la historiografía existente del sur asiático “‘a la inversa’ para recuperar la especificidad cultural y política de las insurrecciones campesinas”. Este proyecto fue luego definido como involucrando dos técnicas: “identificar la lógica de las distorsiones en la representación de lo subalterno en la cultura oficial o de élite; y dejar al descubierto la semiótica social de las estrategias y prácticas culturales de las sublevaciones campesinas mismas”.²⁸ Una vez más, parecía que los Estudios Subalternos eran reducidos a la mitad de su complejidad, o sea a los métodos y las técnicas del posmodernismo.

Pero el Grupo de Estudios Subalternos latinoamericanos fue más lejos y abordó los esfuerzos más tempranos de Gilbert Joseph por (re)priorizar la acción subalterna. Entre sus “conceptos y estrategias fundadoras” el grupo incluía la necesidad de poner en tela de juicio a la nación como concepto y como frontera. Argumentaban que no solo los recientes acontecimientos mundiales habían cues-

²⁷ Alberto Flores Galindo, *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes* (La Habana, 1986); Carmagnani, “Local Governments and Ethnic Governments”; y *El regreso de los dioses*; García de León, *Resistencia y utopía*; Daniel James, *Resistance and Integration: Peronism and the Argentine Working Class, 1946-1976* (Cambridge, 1988).

²⁸ “Founding Statement”, 110-21; discusiones de Guha en 110-111; citas en 111. Los miembros fundadores, enumerados en la página 237 de la publicación, eran los siguientes: Robert Carr, Ileana Rodríguez, Patricia Seed, Javier Sanjinés, John Beverley, José Mazzotti, José Rabasa, Roger Lancaster, Robert Conn, Julio Ramos, María Milagros López, Carol Smith, Clara Lomas, Norma Alarcón y Mónica Szurmuk.

tionado más y más a la nación, sino que la nación misma era una creación de élite que “ha oscurecido, desde el principio, la presencia y realidad de los sujetos sociales subalternos en la historia latinoamericana”. Además, el grupo sostenía que el subalterno era un “sujeto migrante, cambiante” cuya identidad era variada y situacional. Resultaba necesario, por lo tanto, no limitarse a privilegiar grupos subalternos particulares —obreros, campesinos, hombres— “sino tener acceso al vasto (y móvil) conjunto de las masas”.²⁹

Hasta aquí muy bien, pero ¿qué estrategias y métodos proponía el grupo a fin de realizar su proyecto? Aquí la imagen se volvía algo incompleta. “Representar lo subalterno en Latinoamérica, en cualquier forma que adopte, dondequiera aparezca [...] requiere que exploremos los límites del Estado”. “El mantener el enfoque en la intelectualidad y sus prácticas intelectuales características —centradas en la cultura escrita, la ciencia, etcétera— nos deja en el espacio del prejuicio y del ‘no-ver’ historiográfico que Guha identificó en sus estudios de la insurrección campesina.” “No reconocer la contribución de la gente a su propia historia manifiesta la pobreza de la historiografía y apunta hacia razones cruciales de los fracasos de programas nacionales de habilitación ‘popular’”³⁰ ¿Cómo llegamos más allá de enunciados de propósito, más allá de convocatorias programáticas a la acción? Necesitamos la complejidad de ambos lados del diálogo —en los Estudios Subalternos mismos y en el campo de la historia, política y antropología latinoamericanas—.

Quizá no resulte sorprendente en este contexto que Patricia Seed, la única historiadora del grupo, se haya especializado en el México colonial y en los estudios coloniales, mientras que ambos antropólogos se especializan en Centroamérica —Carol Smith en Guatemala y Roger Lancaster en Nicaragua— El resto de los miembros del grupo está más diseminados a través del espacio, incluyendo personas que trabajan sobre los Andes, el Caribe y el Cono Sur,³¹ y enfrentan el

²⁹ “Founding Statement”, 117-121; citas en 118 y 121.

³⁰ “Founding Statement”: citas en 119 y 120.

³¹ De los quince miembros del grupo pude identificar la disciplina y encontrar las obras de doce. De estos, nueve eran críticos literarios. Además de su obra como una de las representantes del feminismo y la crítica literaria chicana. Norma Alarcón produjo en 1983 una disertación titulada “Rosario Castellanos’ Feminist Poetics: Against the Sacrificial Contract”. y un libro posterior acerca de Castellanos, que es considerada hoy día una de las principales escritoras feministas mexicanas del siglo xx. John Beverley coeditó el número especial de *boundary 2* y también ha publicado en general acerca de la literatura española y latinoamericana, incluyendo dos obras que tratan sobre América Central. Robert Carr, crítico literario de origen caribeño, está trabajando en una obra acerca del nacionalismo negro y ha publicado un artículo referido a la literatura testimonial y los feminismos transnacionales que enfoca el testimonio de la activista maya guatemalteca Rigoberta Menchú. Roger Lancaster es un antropólogo que ha publicado dos libros basados en la historia oral de Nicaragua; también es conocido por una obra que abre nuevos horizontes sobre género, sexualidad y orientación sexual en la Nicaragua contemporánea. Clara Lomas es la autora de una disertación (1985) sobre tres novelas del novelista peruano Mario Vargas Llosa. José Rabasa ha publicado acerca de la literatura latinoamericana del período colonial temprano y acerca de temas de conquista y exploración. La especialidad de Julio Ramos es la literatura del

desafío de los Estudios Subalternos a partir de la crítica literaria y el análisis de textos. Este método preferido se manifiesta claramente en la declaración fundadora, en la que, aparte de las citas anteriores a Guha y una referencia posterior al libro de Carlos Vilas sobre la Nicaragua sandinista, casi toda la especificidad del ensayo gira alrededor de movimientos artísticos y literarios.³² ¿No es de sorprender que haya “pobreza historiográfica!” Esto es cierto no solo en el aspecto latinoamericano sino también en el de Estudios Subalternos. Como resultado de ello, la transparencia, la innovación y la simplicidad del proyecto son todas ellas representadas en exceso.

Lo que falta, de ambos lados del diálogo, es una visión de qué es lo que ocurre una vez que está en marcha el intento de “acceder al vasto (y móvil) conjunto de las masas”. ¿Qué fuentes brindan tal acceso? ¿A través de qué métodos analíticos en particular? Si deseamos ubicar la nueva información en una estructura narrativa ¿cómo decidimos cuál elegir? Estas preguntas tienen respuestas tanto técnicas como políticas; y a veces, como lo ha mostrado la experiencia del Grupo Subalterno original, hay una fuerte tensión entre la técnica y la política. Si deseamos llegar más allá “de la cultura escrita, la ciencia, etcétera”, bien podríamos descubrir que estamos nuevamente en el terreno de los “estudios de resistencia” y de las prácticas etnográficas tan abiertamente castigadas por las críticas posmodernas.

Una alternativa, practicada por la mayoría de los miembros del Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericano y unos cuantos de los estudiosos subalternos indios, consiste en leer los documentos existentes “a contrapelo”. Esta técnica puede brindar interpretaciones alternativas útiles y fascinantes de los proyectos de élite, trozos incitadores de evidencia acerca de la presencia subversiva de voces subalternas, lecturas nuevas y más sensibles a las jerarquías de género de textos clásicos o visiones de las identidades de oposición elaboradas por intelectuales “periféricos” o de “minorías”. Algunos antropólogos latinoamericanistas, también inspirados por dicho método, se han alejado del trabajo de campo, aproximándose al análisis de relatos de viaje, fotografías y las prácticas o los escritos de otros antropólogos.³³ Pero debemos admitir que, más allá de cierto punto, con

siglo XIX, en particular la obra de José Martí, acerca de quien organizó su libro de 1989, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*; también ha publicado acerca de la literatura referida al “otro”, tanto para la Argentina como para Cuba. Ileana Rodríguez, fuerza activa en el grupo de Ideologías y Literatura de la Universidad de Minnesota, coeditó en 1983 un volumen de conferencias titulado *Process of Unity in Caribbean Society* y ha publicado asimismo acerca de Nicaragua. Javier Sanjinés se dedica a la literatura boliviana, en particular al efecto de la revolución de 1952 sobre la ficción de Bolivia. Además de su obra ya discutida extensamente en este ensayo, Patricia Seed es la autora de varios artículos sobre clase social y raza en el México colonial y de un libro acerca de elecciones matrimoniales y la Iglesia Católica. La obra antropológica de Carol Smith sobre Guatemala ha incluido una importante reflexión acerca de la relación entre los pueblos indígenas y el Estado nacional. Mónica Szurmuk es la autora de artículos acerca de Rosario Castellanos y Reina Roffe.

³² “Founding Statement”.

³³ Véase, por ejemplo, Deborah Poole, “A One-Eyed Gaze: Gender in the 19th Century Illustration of Peru”, *Dialectical Anthropology*, 13(1988):333-364; y “Figueroa Aznar and the Casco Indigenistas: Photography and Modernism in Early Twentieth Century Peru”, *Representations*, 38(primavera, 1992):39-75; Paul Sullivan, *Unfinished Conversations: Mayas and Foreigners between Two Wars* (Nueva York, 1989).

este método el acceso gramsciano —o sea, tanto político como cultural— a la mayoría de los subalternos nos sigue eludiendo.

¿Continuamos por el camino de buscar el acceso a las voces subalternas y, en caso afirmativo, cómo? Es difícil retornar al archivo o al campo después de criticar, en términos posmodernos, la transparencia de tal empresa. Si ya no estamos buscando la “verdad” como una información irrefutable, claramente conocible, ¿qué estamos buscando? Creo que estamos tratando de mantener la tensión irresoluble que está en el centro del proyecto de Estudios Subalternos: la tensión entre la técnica y el compromiso político, entre un interés literario más estrechamente posmoderno en los documentos como “textos contruidos” y el interés específico del historiador de leer documentos como “ventanas”, no importa cuán nebulosas e imperfectas, que nos dan entrada a la vida de la gente. Si privilegiamos la crítica de textos como técnica y declaramos que esta es la respuesta a los dilemas que enfrentamos en nuestra tarea intelectual, avanzamos en dirección hacia lo que Hernán Vidal ha llamado “la crítica literaria tecnocrática: la presunción de que cuando se introduce un nuevo enfoque analítico e interpretativo, queda sustituida e invalidada la acumulación de esfuerzos similares del pasado”.³⁴ Pero si privilegiamos los documentos como minas de información, olvidando o pasando por alto que se trata de textos contruidos, volvemos a la deducción de la conciencia, cultura y práctica sociopolíticas a partir de categorías abstractas, a veces implícitas, que a menudo se nos presenta como la “historia objetiva”. En consecuencia, nos quedamos con la tensión, una tensión irresoluble y fecunda, que puede continuar inspirando e impartiendo energía a nuestro labor.

En un artículo de 1985 acerca de los métodos y problemas del trabajo de archivos, Gayatri Spivak comentaba acerca de dicha tensión y la necesidad de mantenerla. Crítica literaria por formación, versada en los escritos de Jacques Derrida, entre otros, Spivak expresó su desaliento frente a los historiadores que habían comenzado a privilegiar la crítica literaria. Si bien consciente de las limitaciones que supone cualquier esfuerzo por recuperar la voz e identidad de las mujeres y otros subalternos a través de documentos contruidos por fuerzas patriarcales y coloniales, Spivak se había dedicado a rastrear, a través de fuentes de archivos, la vida de la raní de Sirmur, una mujer india de posición privilegiada. Su experiencia la había llevado a habitar conscientemente la contradicción: quería tocar la imagen de la raní, rechazando sin embargo toda recuperación de ella en cuanto información empírica. En el estudio resultante, admitió que los colegas teóricos encontrarían “demasiado interés por el ‘realismo histórico’ y demasiado poco por la ‘teoría’” mientras que los “custodios del pensamiento crítico” encontrarían “el nihilismo lingüístico asociado a la

³⁴ Hernán Vidal. “The Concept of Colonial and Postcolonial Discourse: A Perspective from Literary Criticism”. *LARR*, 26(1993):113-119; citas en 117.

deconstrucción". Pero al fin y al cabo, sugirió Spivak, no había otra posibilidad.³⁵

Al igual que Spivak, también yo deseo tocar las imágenes de los sujetos históricos que lucho por recuperar; pero también sé que "no hay ninguna 'rani real' para ser encontrada".³⁶ Esta es precisamente la cuestión. El intento contradictorio de "conocer" el pasado, de llegar a conocer a los seres humanos que lo hicieron, nos lleva a través de fuentes de archivos que se niegan a entregarnos imágenes claras. Pero como los archivos brindan pistas extraordinarias sobre las relaciones de poder y los dilemas humanos, morales y filosóficos que enfrentaron los individuos que los produjeron y aquellos cuyas sombras los habitan, no nos podemos dar el lujo de prescindir de ellos. En mi experiencia, es el proceso mismo lo que nos mantiene honestos: ensuciándonos las manos con el polvo de los archivos, embarrándonos los zapatos en el trabajo de campo; enfrentando las sorpresas, ambivalencias y elecciones injustas de la vida cotidiana, tanto las nuestras como las de nuestros "sujetos". No importa cuán vivamente nuestra búsqueda esté condicionada por la comprensión de que nunca alcanzaremos un conocimiento cabal en todos los aspectos. Ocasionalmente, apenas por un instante, alguien sale de las sombras y camina junto a nosotros. Cuando en un destello de diálogo interactivo algo se nos revela; cuando, por un breve lapso, se descorre la cortina y se nos permite una visión parcial de las motivaciones y de los conflictos internos de los protagonistas: para mí, esos son los momentos que justifican la búsqueda.

El archivo y el campo son escenarios construidos en los que la lucha de poder —incluyendo aquellas generadas por nuestra presencia— ayudan a definir y oscurecer las fuentes y la información a las que tenemos acceso. El matiz y la variación en estas luchas de poder son en sí mismas formas extraordinarias de información. Experimentamos y aprendemos de ellas en documentos contenciosos, tales como actas judiciales, archivos militares o municipales locales; en la confrontación entre diferentes tipos de fuentes, escritas y orales; en los debates que mantenemos con los demás, ya sea intelectuales locales, figuras históricas o autoridades políticas; en los conflictos locales que podemos observar, tanto en las relaciones humanas actuales como en los documentos mismos. La pugnacidad de estos escenarios nos brinda pistas que no obtenemos del solo análisis de las obras publicadas, aun si ambos tipos de fuentes son textos construidos. Los procesos de la producción y preservación de las fuentes de archivos frente a las fuentes publicadas son diferentes. Las relaciones sociales que acompañan la lectura de una u otra también son diferentes. El comprender dichas diferencias y confrontar sus consecuencias nos obliga continuamente a repensar nuestras hipótesis.

³⁵ Gayatri Chakravorty Spivak, "The Rani of Sirmur: An Essay in Reading the Archives", *History and Theory*, 24(1985):247-272, véase especialmente 249 y 271-272.

³⁶ Spivak, "Rani of Sirmur". 271.

Antes de que se me acuse de introducir el empirismo a hurtadillas, volveré a subrayar que el reclamar la centralidad del archivo y del campo no puede hacerse ya aisladamente del análisis de textos o de las fuentes literarias. De todos modos, la existencia de fuentes primarias publicadas y fuentes literarias manuscritas hace imposible establecer entre ambas una línea divisoria siempre clara. A lo que me opongo es a que se privilegie el análisis de textos y las fuentes literarias con exclusión de las fuentes de archivos y el trabajo de campo, así como a la tendencia a dar por sentado que, debido a que ambos son textos contruidos, uno puede sustituir al otro. Desde una perspectiva de los Estudios Subalternos, la excelente monografía de Inga Clendinnen sobre el Yucatán posconquista temprana, basada enteramente en fuentes de archivos publicados, nos aclara en particular las limitaciones de basarse solo en documentos publicados.

El análisis sumamente original de Clendinnen de la confrontación entre los mayas y los misioneros franciscanos en el Yucatán del siglo XVI nos brinda una lectura extremadamente variada y sofisticada de documentos misioneros de la época colonial temprana y de las fuentes escritas dejadas por los literatos mayas. Ella utiliza estos materiales para indagar las consecuencias políticas, religiosas, culturales y morales de la crisis que sobrevino cuando, en 1562, los misioneros franciscanos de la Península del Yucatán descubrieron que la "idolatría" y el sacrificio humano continuaban entre "sus" indígenas. Clendinnen interpreta los textos en forma provocativa para sugerir que la necesidad duradera, culturalmente construida, de los mayas de ganar acceso al "conocimiento elevado", como una estrategia de asegurar la continuidad y seguridad de la vida, estimuló el uso "blasfemo" de símbolos cristianos solo parcialmente comprendidos en rituales mayas de sacrificio humano. Los franciscanos interpretaron este uso como una traición consciente, sarcástica y, afectados en lo más hondo de su paternalismo abnegado, reaccionaron con violenta ira física.

Basándose únicamente en fuentes de archivo y literarias publicadas, Clendinnen nos brinda una original lectura interior, tanto de las partes españolas como de las mayas, las dominantes y las subalternas, del encuentro colonial en Yucatán. Sin embargo, dada la naturaleza de sus fuentes, el equilibrio en el detalle y la complejidad interna se inclina por necesidad hacia la parte española dominante. La sección del libro que trata sobre los misioneros es el doble de larga que la sección que trata acerca de los indígenas. Si bien los conflictos y disensiones internas entre los misioneros se discuten en profundidad, los mayas son representados a través de sus intelectuales y voceros como una totalidad indiferenciada, brindándose pocas pistas acerca de si los desacuerdos internos tuvieron algún impacto sobre sus estrategias o sus respuestas frente a la conversión y la explotación.³⁷

³⁷ Inga Clendinnen, *Ambivalent Conquests: Maya and Spaniard in Yucatán, 1517-1570* (Cambridge, 1987).

En algunos casos, por supuesto, resulta imposible el acceso a la complejidad y disensión presentes dentro de las comunidades subalternas. Sin embargo, las grietas en la presentación y preservación del archivo y el campo pueden brindar, de una manera en que no pueden hacerlo las colecciones publicadas, aperturas potenciales para “meternos”. Que estas aperturas pueden llevarnos en incómodas direcciones nuevas está claro a partir de parte de la obra del Grupo de Estudios Subalternos original. Cuando Ranajit Guha publicó, por ejemplo, “La muerte de Chandra”, lo interpreté al principio como una vigorosa respuesta a las críticas formuladas por algunos estudiosos en el sentido de que los Estudios Subalternos no se estaban ocupando bien de temas de género o de casta. Chandra, una viuda bagdi que quedó embarazada mientras vivía en la casa de la familia de su esposo muerto, enfrentó la elección entre un exilio permanente y la interrupción de un embarazo considerado ilegítimo según el derecho *samaj*. Magaram, su amante, comunicó el ultimátum a la parentela femenina de Chandra: o bien aborto o *bhek*, el alejamiento forzado de las relaciones de casta. Con la ayuda de su parentela femenina, se dispone “un aborto requerido por un hombre que habla por toda la patriarcado local”; sin embargo, finalmente, la poción obtenida de manos de un curador local mata a Chandra, así como al feto.³⁸

En su conclusión, Guha reflexionó sobre las implicancias de esta experiencia para las mujeres de la parentela de Chandra. “Es este conocimiento de la mala fe masculina lo que vuelve a la mujer más sagaz respecto de los límites de una solidaridad que pretende ser neutral al género”, escribió. “El mundo acabado, unitario del parentesco nunca podrá volver a ser el mismo para ella. ‘Mancillada y humillada’, tiene recurso a una *solidaridad alternativa*: una solidaridad de las mujeres. No es una ‘revuelta abierta’, armada de trompeta y estandarte, pero sí una protesta visible y lo suficientemente fuerte en una sociedad en la que la iniciativa y la voz se le otorgan solo al hombre”. No obstante, como Guha expresó en su frase final, la solidaridad de las mujeres era al mismo tiempo fuerte y limitada. Limitada, porque “ellas no podían desafiar la autoridad del *samaj* hasta el punto de permitir que una viuda con un hijo nacido fuera del matrimonio viviera honorablemente en la sociedad local”. Fuerte, porque rodearon a Chandra con un apoyo que necesitaba para no someterse a *bhek*, a fin de recurrir al aborto como “el único medio de que disponían para derrotar una moralidad realmente falsa, que hacía que solo la madre fuera culpable de un alumbramiento ilícito, la expulsaba de la sociedad y permitía que el padre quedara impune”.³⁹

Después de relatar con empatía el incidente y lamentar la falta de alternativas adicionales para las mujeres bengalíes, Guha no llevó más adelante la discusión. Una posible línea de reflexión ulterior la brinda Upendra Baxi en una discusión del papel que desempeña el derecho en los Estudios Subalternos. ¿Qué habría

³⁸ Ranajit Guha, “Chandra’s Death”. *Subaltern Studies V* (Delhi, 1986). 135-165; cita en 163.

³⁹ Guha, “Chandra’s Death”; citas en 165 y 161.

pasado si las parientas de Chandra hubiesen decidido matarle a su amante? No solo hubiesen entrado en conflicto con el derecho *samaj*, sostiene Baxi, sino que también hubieran tenido que vérselas directamente con el derecho colonial. Emerge otro tipo de elección: vigilancia, disciplina, castigo, por cierto, ¿pero de parte de la comunidad o del estado colonial? ¿Acaso uno de ellos brinda liberación a las mujeres?⁴⁰

La pregunta de si el derecho colonial —con sus debates sobre *sati*, el infanticidio femenino, etcétera— podría haber brindado espacios alternativos a las mujeres es un interrogante antiguo y discutible. Como lo señaló recientemente Lata Mani, los debates coloniales sobre la posición y el bienestar de las mujeres no fueron nunca acerca de los derechos femeninos sino acerca de qué entidad legal o patriarcal habría de ejercer la autoridad sobre las mujeres. Conflictos análogos surgieron en muchas partes del mundo colonial: debates sobre el uso del velo en el mundo islámico, sobre prácticas de mutilación genital femenina en partes del África Oriental y Occidental. En la mayoría de estos casos, ninguna de las partes estaba interesada en una mayor igualdad o autonomía para las mujeres. Al contrario, como sostiene Mani en el caso de *sati*: las mujeres eran el “campo” más que el sujeto de un debate sobre la autoridad étnico-religiosa y consuetudinaria frente al derecho colonial.⁴¹

Finalmente, el mensaje parece ser que ni las prácticas legales nativas-subalternas ni las coloniales eran en y por sí mismas liberadoras para la mujer. En cierto sentido, esta solo podía elegir entre sistemas de jerarquía, coloniales o étnico-comunales. Ocasionalmente, dependiendo de la situación histórica específica, los cambios producidos por el dominio colonial otorgaron a algunas mujeres un mayor acceso a la educación u otros privilegios o brindaron nuevas oportunidades sociales o económicas a través del mercado o en los centros urbanos. A veces, la fisura entre los sistemas de gobierno permitió cierta autonomía personal a las mujeres. Pero, en muchos casos, el colonialismo simplemente agregó al existente un tipo nuevo e invasor de dominación, aumentando el valor protector de las

⁴⁰ Upendra Baxi. “‘The State’s Emissary’: The Place of Law in Subaltern Studies”, *Subaltern Studies VII*, Partha Chatterjee y Gyanendra Pandey (eds.) (Delhi, 1992), pp. 247-264; en especial 256.

⁴¹ Lata Mani. “Contentious Traditions: The Debate on Sati in Colonial India”, en: Kumkum Sangari y Sudesh Vaid (eds.), *Recasting Women: Essays in Indian Colonial History* (New Brunswick, N. J., 1990), 88-126. Acerca del velo, véase Leila Ahmed, *Women and Gender in Islam: Historical Roots of a Modern Debate* (New Haven, Conn., 1992). Acerca de prácticas de mutilación genital femenina, véase Stanlie James, “Shades of Othering: Reflections on Female Circumcisions/Genital Mutilation”, manuscrito inédito, 1994; Olayinka Koso-Thomas, *Circumcision of Women: A Strategy for Eradication* (Londres, 1985); Hanny Lightfoot-Klein, *Prisoners of Ritual: An Odyssey into Female Genital Circumcision in Africa* (New York, 1989); Alison T. Slack, “Female Circumcision: A Critical Appraisal”, *Human Rights Quarterly*, 19(1988); Robin Cerny Smith, “Female Circumcision: Bringing Women’s Perspectives into the International Debate”, *Southern California Law Review*, 65(julio, 1992):449-504; Alice Walker y Pratibha Parmar, *Warrior Marks: Female Genital Mutilation and the Sexual Blinding of Women* (Nueva York, 1993).

redes comunales, étnicas y de parentesco, organizadas ellas mismas alrededor de principios patriarcales.⁴²

Al reintegrarlo dentro de cuestiones generales de colonialismo y resistencia, un análisis de género que comienza en el nivel local enfoca las prácticas y preferencias subalternas con una nueva sobriedad. "Todo indicio de iniciativa independiente de parte de los grupos subalternos debería [...] ser de un valor incalculable para el historiador integral", escribió Gramsci.⁴³ No obstante, como lo demuestra el ensayo de Guha, cuando se investigan en forma sistemática estos indicios de iniciativa independiente y se toman en consideración las relaciones de poder local, la solidaridad y unidad de la presencia subalterna —de la cultura subalterna y por lo tanto de la resistencia subalterna— comienzan a desintegrarse en nuestras manos. Si no hay unidad subalterna, si la mitad de la comunidad subalterna es oprimida y silenciada por la otra mitad, si el heroísmo anticolonial tiene como subtexto la coerción parcial de las mujeres subalternas ¿a dónde va a parar nuestra búsqueda gramsciana?

La cuestión de la complicidad, jerarquía y vigilancia dentro de las comunidades y culturas subalternas es en efecto intrincada, y exige un tratamiento matizado y empático. Por una parte, el plantear esta cuestión deja en claro que ninguna identidad subalterna puede ser pura y transparente; la mayoría de los subalternos son sujetos tanto dominados como dominantes, dependiendo de las circunstancias o ubicación en las que los encontramos. El líder de un movimiento puede convertirse en un colaboracionista o volver a casa y moler a palos a su esposa o hijos; un colaboracionista puede utilizar el poder para proteger a una comunidad o a un individuo subalterno; o, tal como ocurrió repetidamente en las rebeliones anticoloniales, individuos que se habían beneficiado personalmente con la estructura de poder renegaron de su complicidad anterior y lideraron importantes revueltas. Por otra parte, la complicidad o la jerarquía no vuelve imposible, en un sentido más amplio, el logro ocasional, parcial, contingente de cierta medida de unidad, colaboración, incluso solidaridad. Estas líneas de alianza o confrontación en continuo desplazamiento no se deducen, pues, de identidades subalternas o

⁴² Para ejemplos de la complejidad de la situación de las mujeres de posición elevada, véase los siguientes ensayos en Sangari y Vaid, *Recasting Women: Uma Chakravarti*, "Whatever Happened to the Vedic Dasi? Orientalism, Nationalism and a Script for the Past", 27-87; Sumanta Banerjee, "Marginalization of Women's Popular Culture in Nineteenth Century Bengal", 127-179; Vir Bharat Talwar, "Feminist Consciousness in Women's Journals in Hindi: 1910-1920", 204-232; Susie Tharu, "Tracing Savitri's Pedigree: Victorian Racism and the Image of Women in Indo-Anglian Literature", 254-268. Acerca de cuestiones de elección entre jerarquías y de cómo esto afecta a los movimientos nacionalistas, véase Partha Chatterjee, "The Nationalist Resolution of the Women's Question", *Recasting Women*, 233-253; y, en Andrew Parker, Mary Russo, Doris Sommer y Patricia Yaeger (eds.), *Nationalisms and Sexualities* (Nueva York, 1992): Rhonda Cobham, "Misgendering the Nation: African Nationalist Fictions and Nuruddin Farah's Maps", 42-59; Ketu H. Katrak, "Indian Nationalism, Gandhian 'Satyagraha', and Representations of Female Sexuality", 395-406; R. Radhakrishnan, "Nationalism, Gender, and the Narrative of Identity", 77-95.

⁴³ Gramsci, "Notes on Italian History", 55.

posiciones de los sujetos específicas, ya existentes. Se construyen histórica y políticamente, en la lucha y en el discurso.

Ver ambos lados al mismo tiempo, señalar el heroísmo y la traición, es por cierto un desafío. Baxi sugiere que también puede ser liberador, no solo para los sujetos subalternos mismos, sino también para los estudiosos que siguen sus huellas a través del laberinto de la documentación sobreviviente. Extendiéndose acerca de un ensayo de Shahid Amin que trata la figura del aprobador (*approver*) —“un rebelde que ha desplazado su lugar en los acontecimientos de protagonista de la rebelión a agente de la contrainsurrección”⁴⁴— Baxi imagina lo que Shikari, el “aprobador de Amin, podría haber dicho en respuesta a la definición que Amin traza de él. “Acepto la condena que haces de mí”, expresa el Shikari imaginado. Pero, al mismo tiempo, señala que su testimonio sirvió para aumentar el número de absoluciones y disminuir el número de condenas a muerte. Por supuesto sus acciones lo convirtieron en “‘un instrumento’ de la justicia colonial”, admite el Shikari de Baxi. “Pero seguramente puedes interpretar asimismo mi acto de renegar como un acto de servicio a la mayoría de mis ex compañeros, algunos de los cuales poco antes de su muerte natural han asegurado jubilaciones como ‘luchadores por la libertad’, a pesar de la longevidad, como dices tú, de la imputación de criminalidad”.⁴⁵ Retomando un tono académico, Baxi argumenta que el hecho de renegar no hizo a Shikari “menos subalterno”. ¿Y acaso el proyecto de los Estudios Subalternos no involucra rescatar a “todos los subalternos de la categorización del derecho penal”? ¿Si todos los participantes del sistema legal colonial se convirtieron, en cierto sentido, en sus víctimas, acaso el historiador subalterno también tiene que convertirse en una víctima? “¿Sería pedir demasiado de la historiadora de los subalternos”, concluye Baxi, “que mientras muestra al resto del mundo cómo Shikari fue una víctima del derecho colonial, también ella, lo mismo que la hermana Chandra, puede ser redimida por los Estudios Subalternos, si no totalmente, al menos hasta cierto punto?”⁴⁶

No está claro, sin embargo, qué traería consigo dicha redención. ¿Acaso los historiadores que estudian a los subalternos serían redimidos de la ceguera que los lleva a adscribir a estos sujetos las identidades que ya les adjudicó la estructura del poder dominante? ¿Serían los historiadores redimidos “hasta cierto punto” si aceptaran la versión de los sucesos y el discurso de la moralidad construidos por una facción dentro de la sociedad subalterna? ¿Acaso la completa redención sería la capacidad de cuestionar todas las versiones construidas y empatizar con todos los grupos subalternos, colaboracionistas, opresores, o no? Finalmente ¿quién tiene la autoridad necesaria para confirmar que hemos llegado a nuestra meta?”

⁴⁴ Shahid Amin, “Approver’s Testimony, Judicial Discourse: The Case of Chauri Chaura”. *Subaltern Studies V* (Delhi, 1987), 166-202; cita que define al “aprobador”, en 168.

⁴⁵ Baxi, “The State’s Emissary”, 247-64; citas en 263.

⁴⁶ Baxi, “The State’s Emissary”, 264.

Una manera de salir de este dilema, que parece reflejarse en la obra más reciente de Guha en los Estudios Subalternos, es evitarlo por completo, abandonando la esfera local y recuperando un terreno más general y abstracto. En la esfera de la formación social total, donde la principal contradicción reside todavía entre el colonialismo y la resistencia, o las élites colaboracionistas y “el pueblo”, es todavía posible evitar comentarios sobre las jerarquías internas de la comunidad subalterna. La discusión puede quedarse en la esfera del fracaso del capitalismo o del liberalismo en las formaciones coloniales, o en la del fracaso de que una élite nacionalista dependiente movilizara de verdad a las masas. La hegemonía, como un concepto general y sin fisuras, sobrevive intacta en este contexto: Guha la define como “una condición de la dominación (D), tal que, en la composición orgánica de esta última, la Persuasión (P) exceda a la Coerción (C)”.⁴⁷ La promesa de la hegemonía, vinculada en los escritos de Gramsci a la promesa de que el partido jacobino verdaderamente condujera más que dominara a las masas, puede permanecer pura, porque todavía está por lograrse. Los nacionalistas indios traicionaron a las masas, dominándolas más que conduciéndolas, disciplinándolas más que movilizándolas.

En los ensayos más recientes de Guha, la India —junto con Italia y Alemania— se une o vuelve a unirse a las filas de la “no Francia”. Guha cita con aprobación el análisis de Marx acerca de la Revolución Francesa: “La burguesía francesa de 1789 nunca dejó en la estacada a sus aliados, los campesinos. Sabía que la abolición del feudalismo en la campiña y la creación de una clase campesina libre, terrateniente, era la base de su gobierno”. Esto se encuentra en contraste directo con la burguesía india, que traicionó a las masas “en su esfuerzo por lograr dominación hegemónica”. Al hacerlo, concluye Guha, la burguesía india “nunca llegó”.⁴⁸

Una respuesta alternativa al desafío del análisis local se encuentra en la deconstrucción de las culturas y comunidades subalternas y su rearticulación, como totalidades complejas y divididas internamente, a las relaciones de poder regional, nacional e internacional. Como lo he sostenido recientemente, este método alternativo no vuelve al concepto de hegemonía irrelevante o anticuado. Más bien lo vuelve más flexible y estratificado. En este contexto, la hegemonía no solo es la presencia mayor de la persuasión sobre la dominación en sistemas políticos nacionales, sino que es también un equilibrio similar en las relaciones

⁴⁷ Ranajit Guha, “Dominance without Hegemony and Its Historiography”, *Subaltern Studies VI* (Delhi, 1989), 210-309, cita. 231; Guha, “Discipline and Mobilise”, *Subaltern Studies VII*, 69-120.

⁴⁸ Guha, “Dominance without Hegemony”, 227; Guha, “Discipline and Mobilize”, 119-20. Por supuesto, la certidumbre creciente en la bibliografía histórica francesa de que la burguesía francesa tampoco llegó jamás —de hecho el “llegar” era y es de por sí un concepto cada vez más problemático— queda convenientemente omitida. Esto permite una reconstrucción sin fisuras del atractivo del proyecto nacional-revolucionario original en un momento en que el proyecto como totalidad ha sido sometido a una crítica creciente en la bibliografía en todo el mundo.

políticas locales y regionales. La manera en que las sociedades particulares construyeron los sistemas políticos hegemónicos se vuelve menos una cuestión de la burguesía, el proletariado o un partido político orgánico. Se vuelve, en su lugar, una pregunta histórica, a contestarse mediante una confrontación compleja y nunca definitiva con las fuentes, una confrontación hecha posible por la combinación de Gramsci y Foucault.⁴⁹

Quizá no sea sorprendente que en Latinoamérica los primeros esfuerzos de dedicarse a este nuevo tipo de combinación Gramsci-Foucault, inspirados abiertamente en la obra del Grupo de Estudios Subalternos original, hayan ocurrido para el caso del México moderno. Desde el punto de vista de los intelectuales críticos, el caso mexicano comparte cierta cantidad de semejanzas con la India. En ambos casos, una revolución del siglo xx derrocó el viejo orden creando un nuevo equilibrio de poder en el cual el partido que condujo la revolución se autodenominó luego el representante de las masas. Los intentos por parte de nuevas generaciones de intelectuales de cuestionar el *statu quo* tropezaron contra los obstáculos combinados de una izquierda ortodoxa y un partido oficial todavía poderoso. Análisis empíricos, en el nivel local, inspirados en técnicas lingüísticas y de texto, llevaron a un cuestionamiento de los mitos revolucionarios y a los comienzos de una deconstrucción de las culturas locales y subalternas.

Un esfuerzo reciente y particularmente pertinente al respecto es la colección de ensayos editados por Gilbert Joseph y Daniel Nugent, titulados *Everyday Forms of State Formation*. Producto de una conferencia sobre el México del siglo xx, que reunió a mexicanistas y no especialistas para debatir cuestiones del Estado, la cultura y resistencia populares, la hegemonía y la revolución cultural, el volumen examina la intersección dinámica entre las culturas populares y la formación del Estado, rastreando las múltiples interacciones entre los poderosos en el nivel nacional y las culturas y comunidades populares internamente conflictivas. En las páginas del texto se escuchan diferentes voces, pero mantienen una animada conversación y debate entre sí. Varios citan en forma directa a los Estudios Subalternos o a Gramsci; algunos debaten la utilidad del término hegemonía y la mayoría, como mínimo, cuestiona su solidez y longevidad. En los ensayos empíricos, los autores profundizan en estudios de casos y establecen diálogos entre la teoría crítica y la información que han reunido. Todos los artículos, no importa si teóricos, empíricos o ambos, cuestionan la transparencia de la dominación y de la resistencia frente a ella.⁵⁰

⁴⁹ Mallon. *Peasant and Nation*.

⁵⁰ Véase, por ejemplo, Marjorie Becker, "Torching La Purísima. Dancing at the Altar: The Construction of Revolutionary Hegemony in Michoacán, 1934-1940", *Everyday Forms of State Formation*, 247-264; Joseph, "Rethinking Mexican Revolutionary Mobilization: Yucatán's Seasons of Upheaval, 1909-1915", 135-169; Joseph and Nugent, "Popular Culture and State Formation in Revolutionary Mexico", 3-23; Florencia E. Mallon, "Reflections on the Ruins: Everyday Forms of State Formation in Nineteenth-Century Mexico", 69-106; Daniel Nugent y Ana María Alonso, "Multiple Selective Traditions in Agrarian Reform and Agrarian

La combinación de Gramsci y Foucault, tal como es practicada por el Grupo de Estudios Subalternos original y por algunos historiadores latinoamericanos, no brinda una respuesta única, utópica y tecnocrática a los dilemas que los estudiosos enfrentamos en la actualidad. Como lo deja en claro la obra de los investigadores de los Estudios Subalternos y otros, es fácil privilegiar un lado de la combinación a expensas de otro y retirarse del desafío de la contradicción entre ambas. La contradicción teórica y metodológica entre la política hegemónica gramsciana y los regímenes foucaultianos de poder descentrado es grande y a veces puede volver prácticamente imposible el análisis y la investigación. Además, como lo sostuvieron los estudiosos del sur asiático, Rosalind O' Hanlon y David Washbrook, en su reciente intercambio con el historiador Gyan Prakash, "simplemente resulta muy difícil combinar argumentos referidos a derechos fundamentales y posibilidades de emancipación con una negación posmodernista de cualquier tipo de perspectiva unitaria o sistematizadora respecto de lo que pueden ser estos derechos o de dónde proviene o a qué tiende dicha emancipación". Pero, como Prakash lo subraya en su respuesta, la dificultad de esta combinación no justifica un mandato de elegir entre ambas partes. Haciendo referencia a la conclusión de O' Hanlon y Washbrook que está intentando "montar dos caballos a la vez" y que uno de los dos —supongo que el análisis de clases, el marxista— "puede no ser un caballo que tolere jinetes inconstantes", Prakash extiende la metáfora para exclamar, "en cuanto a mí, *propongo que sigamos agarrados de dos caballos, en forma inconstante*".⁵¹

Una exploración de las contradicciones, las tensiones y los conflictos internos dentro del proyecto subalterno me lleva un paso más allá, parcialmente a la autorreflexión. Al recorrer el territorio entre Foucault y Gramsci me ha resultado imposible montar el caballo provisto por Jacques Derrida. Para ser justa, gran parte de la influencia más militantemente textual y poscolonial en los Estudios Subalternos —ya sea en el ala asociada a Spivak de la escuela original o entre los del grupo latinoamericano de mayores inclinaciones literarias— se inclina en lo que me parece ser una dirección influida por Derrida. Spivak misma deja en claro, en las obras que he citado en este ensayo, que no basta un enfoque derivado de Derrida en el lenguaje y la construcción de textos. Pero la tendencia entre muchos que apoyan a Derrida dentro de los enfoques subalternos es transformar la categoría de lo subalterno en lo que Prakash llama "menos una categoría sociológica y más bien un efecto discursivo".

Struggle: Popular Culture and State Formation in the *Ejido* of Namiquipa", 209-46; Roseberry. "Hegemony and the Language of Contention"; Derek Sayer. "Everyday Forms of State Formation: Some Dissident Remarks on 'Hegemony'", 367-77; James C. Scott. "Foreword", vii-xii. Becker, Joseph, Joseph y Nugent, y yo también participamos explícitamente en la Escuela de Estudios Subalternos.

⁵¹ Prakash. "Writing Post-Orientalist Histories of the Third World", 383-408; Rosalind O' Hanlon y David Washbrook. "After Orientalism: Culture, Criticism, and Politics in the Third World", *Comparative Studies in Society and History*, 34(1992): 141-67; Prakash. "Can the 'Subaltern' Ride?"; citas en 158, 164, 184.

Tal giro en la bibliografía subalterna —como sostenemos tanto Prakash como yo, de maneras divergentes— es en particular favorable para conceptos tales como la crítica poscolonial. No obstante, es solo una de las cuatro direcciones posibles a las que podría llevar la tensión original de la Escuela de Estudios Subalternos. Las otras tres son las siguientes: (1) mantener la tensión a pesar de todo, pero apoyarse más en los énfasis inspirados en Foucault sobre regímenes de poder y menos en los métodos derivados de Derrida de deconstrucción lingüística y de textos; (2) retornar en forma más exclusiva a Gramsci, que es lo que creo sugieren los últimos ensayos de Guha, pero a costa de perder parte de la agudeza crítica posmoderna en la comprensión de la metanarrativa histórica; y (3) un intento de utilizar técnicas analíticas discursivas-textuales-lingüísticas para analizar las prácticas, los debates y los discursos subalternos mismos —en la medida en que podemos tener un acceso parcial y confuso a ellos— como escenarios controvertidos y contruidos de la lucha de poder. Tengo la esperanza de que uno de los beneficios y contribuciones de este *Foro* será demostrar cómo todas las cuatro direcciones existen en relación y tensión dinámicas entre sí y cómo pueden seguir siendo desarrolladas a través de los diálogos “Sur-Sur”.

La opción final que he mencionado, que a mi ver es potencialmente la más productiva, combinaría los aspectos de Derrida y Foucault de la crítica posmoderna y los utilizaría al servicio de un proyecto gramsciano. Pero quizá sea también la opción más peligrosa e improbable, que O’ Hanlon y Washbrook podrían comparar no con “montar dos caballos a la vez” sino con la acrobacia imposible desde un punto de vista físico de montar varios caballos al mismo tiempo. Pero si estamos dispuestos a aprender de las luchas de los estudiosos que nos han precedido, creo que tenemos que admitir que montar muchos caballos puede ser el único modo de negociar los peligros que nos asechan en un proyecto intelectual posmoderno y políticamente comprometido. En efecto, en el estado actual del mundo, los subalternos en Latinoamérica y otras partes —así como los estudiosos que los investigan, los acompañan, aprenden de ellos y discuten con ellos— por necesidad tienen que convertirse en jinetes acróbatas. De lo contrario, no podemos cabalgar.